

Isabel Allende

Afrodita

*Cuentos,
recetas y otros afrodisíacos*



Isabel Allende trae sus poderes mágicos como cuentista a un nivel muy personal y con un encanto peculiar a las entrelazadas y sensuales artes de la comida y el amor. Mezclando recuerdos personales con el folklore del mundo, leyendas históricas, y momentos memorables de la literatura erótica y de otros tipos, Allende enriquece su narración con porciones semejantes de humor y perspicacia.

Combinando un banquete de hechos fascinantes sobre los poderes afrodisíacos de los alimentos y las bebidas, Allende los sirve con convincente admiración y debida irreverencia. Ella ofrece sugerencias, tanto antiguas como modernas, para atraer a un amante, encender el ardor sexual, prolongar el acto sexual, reactivar la decadente virilidad. Metiéndose en el caldero de la historia, ella nos informa sobre los apetitos lascivos de todos, desde el emperador Nerón a Catalina la Grande hasta la notoria Madame du Barry de Francia.

Una oda personal a los placeres de la comida y el sexo, Afrodita celebra la vida sensual con alegría e imaginación. La exuberancia de Allende, sus poderes narrativos, y el sentido travieso de la diversión hace de esta biografía una invitación irresistible para los sentidos.

Anotación

No es un recetario al uso ni un tratado de erotismo, tampoco un libro de memorias o cuentos, es un recorrido por el mundo de los pequeños placeres que acompañan nuestro universo personal. Es más bien la luz que nos espera siempre al final del túnel en el que nos sumergimos después de la muerte de un ser amado; es un reencuentro con la vida.

A lo largo del libro aparecen recetas conocidas y otras no tanto al lado de recuerdos, de muchos recuerdos de una niña que nació antes de que existiera eso llamado televisión.

Alimentación y sexualidad, actividades como bien dice la autora «destinadas a la preservación del individuo y de la especie» son los ejes de este bello canto a la vida.

Las anécdotas discurren al lado de «esas pequeñas cosas» de las personas queridas, de su educación, sus gustos; libros leídos y autores amados; viajes realizados, países vividos, olores inspiradores de los mayores deseos como ese crepitar del aceite en la sartén; costumbres y tradición desde el Japón a la India pasando por España, Venezuela...

El pecado y la analogía entre alimento y cuerpo como llama del deseo.

Junto con las historias y las tradiciones del «bien amar», desfilan hierbas, sopas, salsas, postres... de entre los cuales cabe destacar un personal homenaje al arroz con leche, fuente inagotable de alivio espiritual según la autora.

No hay recetas sublimes, ningún descubrimiento nuevo (no cae bajo los hechizos de la «nouvelle cuisine»), no hay fantasías trasnochada, simplemente logra sumergirnos en un bello viaje en torno al mundo de los sentidos.

*Dedico estas divagaciones eróticas
a los amantes juguetones y,
¿por qué no?, también a los hombres
asustados y a las mujeres
melancólicas.*

Su aliento es como miel aromatizada con clavo de olor;
Su boca, deliciosa como un mango maduro.
Besar su piel es como probar el loto.
La cavidad de su ombligo oculta acopio de especias.
Qué placeres yacen después, la lengua lo sabe,
pero no puede decirlo.

SRNGARAKARIKA, KUMARADADATTA (siglo XII)

Introducción

Y RONDO CAPRICCIOSO

*Los cincuenta años son como
la última hora de la tarde,
cuando el sol se ha
puesto y uno se inclina
naturalmente hacia la reflexión.
En mi caso, sin embargo,
el crepúsculo me induce
a pecar y, tal vez por eso,
en la cincuentena reflexiono
sobre mi relación con la comida y el erotismo,
las debilidades
de la carne que más me
tientan, aunque, hélas, no son las
que más he practicado.*

Me arrepiento de las dietas, de los platos deliciosos rechazados por vanidad, tanto como lamento las ocasiones de hacer el amor que he dejado pasar por ocuparme de tareas pendientes o por virtud puritana. Paseando por los jardines de la memoria, descubro que mis recuerdos están asociados a los sentidos. Mi tía Teresa, la que se fue transformando en ángel y murió con embriones de alas en los hombros, está ligada para siempre al olor de las pastillas de violeta. Cuando esa dama encantadora aparecía de visita, con su vestido gris discretamente iluminado por un cuello de en-

caje y su cabeza de reina coronada de nieve, los niños corríamos a su encuentro y ella abría con gestos rituales su vieja cartera, siempre la misma, extraía una pequeña caja de lata pintada y nos daba un caramelo color malva. Y desde entonces, cada vez que el aroma inconfundible de violetas se insinúa en el aire, la imagen de esa tía santa, que robaba flores de los jardines ajenos para llevar a los moribundos del hospicio, vuelve intacta a mi alma. Cuarenta años más tarde supe que ese era el sello de Josefina Bonaparte, quien confiaba ciegamente en el poder afrodisíaco de aquel huidizo aroma que tan pronto asalta con una intensidad casi nauseabunda, como desaparece sin dejar trazos para regresar enseguida con renovado ardor. Las cortesanas de la antigua Grecia lo usaban antes de cada encuentro amoroso para perfumar el aliento y las zonas erógenas, porque mezclado con el olor natural de la transpiración y las secreciones femeninas, alivia la melancolía de los más viejos y sacude de modo insoportable el espíritu de los hombres jóvenes. En el Tantra, filosofía mística y espiritual que exalta la unión de los opuestos en todos los planos, desde el cósmico hasta el más ínfimo, y en la cual el hombre y la mujer son espejos de energías divinas, violeta es el color de la sexualidad femenina, por eso lo han adoptado algunos movimientos feministas.

El olor penetrante del yodo no me trae imágenes de cortaduras o cirugías, sino de erizos, esas extrañas criaturas del mar inevitablemente relacionadas con mi iniciación al misterio de los sentidos. Tenía yo ocho años cuando la mano ruda de un pescador puso una lengua de erizo en mi boca. Cuando visito Chile, busco la oportunidad de ir a la costa a probar de nuevo erizos recién extraídos del mar, y cada vez me abruma la misma mezcla de terror y fascinación que sentí durante aquel primer encuentro íntimo con un hombre. Los erizos son inseparables para mí de ese pescador, su bolsa oscura de mariscos 10 chorreando agua de mar y mi despertar a la sensualidad. Es así como recuerdo a

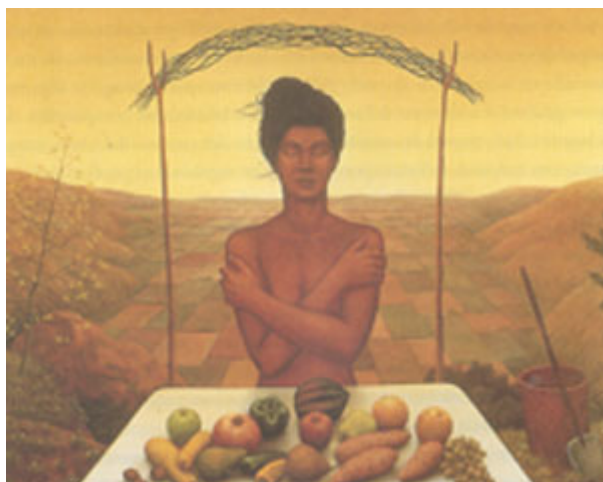
los hombres que han pasado por mi vida —no deseo presumir, no son muchos— unos por la textura de su piel, otros por el sabor de sus besos, el olor de sus ropas o el tono de sus murmullos, y casi todos ellos asociados con algún alimento especial. El placer carnal más intenso, gozado sin apuro en una cama desordenada y clandestina, combinación perfecta de caricias, risa y juegos de la mente, tiene gusto a *baguette*, *prosciutto*, queso francés y vino del Rin. Con cualquiera de estos tesoros de la cocina surge ante mí un hombre en particular, un antiguo amante que vuelve persistente, como un fantasma querido, a poner cierta luz traviesa en mi edad madura. Ese pan con jamón y queso me devuelve el olor de nuestros abrazos y ese vino alemán, el sabor de su boca. No puedo separar el erotismo de la comida y no veo razón para hacerlo, al contrario, pretendo seguir disfrutando de ambos mientras las fuerzas y el buen humor me alcancen. De allí viene la idea de este libro, que es un viaje sin mapa por las regiones de la memoria sensual, donde los límites entre el amor y el apetito son tan difusos, que a veces se me pierden del todo.

Justificar una colección más de recetas de cocina o de instrucciones eróticas no es fácil. Cada año se publican miles y francamente no sé quién las compra, porque aún no conozco quien cocine o haga el amor con un manual. La gente que se gana la vida con esfuerzo y reza a escondidas, como usted y como yo, improvisamos con las cacerolas y entre las sábanas lo mejor posible, aprovechando lo que hay a mano, sin pensarlo mucho y sin grandes aspavientos, agradecidos de los dientes que nos quedan y de la suerte inmensa de tener a quien abrazar. ¿Por qué entonces este libro? Porque la idea de averiguar sobre afrodisíacos me parece divertida y espero que para usted también lo sea. En estas páginas intento aproximarme a la verdad, pero no siempre es posible. ¿Qué se puede decir, por ejemplo, del perejil? A veces hay que inventar...

Por tiempos inmemoriales la humanidad ha recurrido a sustancias, trucos, actos de magia y juegos, que la gente seria y virtuosa se apresura en clasificar como perversiones, para estimular el deseo amoroso y la fertilidad. Esto último no nos interesa aquí, ya hay demasiados niños ajenos en el mundo, vamos a concentrarnos en el placer. En un libro sobre magia y filtros de amor, apilado entre muchos textos similares sobre mi escritorio, figuran fórmulas provenientes del Medioevo y otras anteriores, algunas de las cuales todavía se practican, como clavar con alfileres a un desventurado sapo vivo y luego enterrarlo murmurando conjuros la noche de un viernes. El viernes se supone que es el día de la mujer, los otros seis pertenecen al hombre. Encontré, por ejemplo, un encantamiento para atrapar al amante escurridizo, practicado aún en ciertas zonas rurales de Gran Bretaña. La mujer amasa harina, agua y manteca, salpica la mezcla con saliva, luego la coloca entre sus piernas para darle la forma y el sabor de sus partes secretas, la hornea y ofrece este pan al objeto de su deseo. Antiguamente se mezclaban brebajes de sangre —a menudo *elixir rubeus* o sangre menstrual— y otros fluidos del cuerpo, fermentados en la cuenca de una calavera a la luz de la luna. Si el cráneo pertenecía a un criminal muerto en el patíbulo, mucho mejor. Existe una variedad sorprendente de afrodisíacos de este tipo, pero aquí nos concentramos en aquellos que pueden originarse en una mente y una cocina normales. En nuestros días son escasas las personas con tiempo para amasar o que disponen de una cabeza de ahorcado. La finalidad de los afrodisíacos es incitar al amor carnal, pero si perdemos tiempo y energía elaborándolos, mal podremos gozar de sus efectos; por eso no incluimos aquí recetas de largo aliento, salvo en algunos casos forzosos, como nuestros guisos orgiásticos. También hemos ignorado a conciencia las recetas truculentas. Si alguien debe pasar el día confeccionando un guiso de lenguas de canario, no veo cómo podrá dedicarse a juegos eróticos más tarde. La ocurrencia

de gastar sus ahorros en una docena de esos frágiles pajariillos, para luego arrancarles las lenguas sin piedad, mataría mi libido para siempre. Robert Shekter, el creador de los sátiros y ninfas que ilustran este libro, fue piloto en la Segunda Guerra Mundial, pero sus peores pesadillas no son de bombardeos y muertos, sino de un pato distraído que derribó con su escopeta de caza. Al acercarse, lo vio aún aleteando y debió torcerle el pescuezo para evitarle más agonía. Desde entonces es vegetariano. Parece que al caer, el pato aplastó una lechuga, así es que tampoco come ese vegetal. Es muy difícil preparar una cena erótica para un hombre con tales limitaciones. Robert jamás habría colaborado conmigo en un proyecto que incluyera canarios torturados.

Aletas de tiburón, testículos de babún y otros ingredientes no figuran aquí, porque no fue posible encontrarlos en los supermercados aledaños. Si usted necesita recurrir a tales extremos para elevar su libido o las ganas de amar, sugerimos que consulte a un psiquiatra o cambie de pareja. Aquí nos referimos solo al arte sensual de la comida y sus efectos en la ejecución amorosa, y ofrecemos recetas con productos que pueden ingerirse por vía oral sin peligro de muerte —al menos inmediata— y que además son sabrosos. El brócoli, por lo tanto, está descartado. Nos limitamos a afrodisíacos sencillos, como ostras recibidas de la boca del amante, según receta infalible de Casanova, quien sedujo de este modo a un par de picaras novicias, o la suave pasta de miel y almendras molidas que los elegidos por Cleopatra lamían de sus partes íntimas, perdiendo así el juicio, y también recetas modernas con menos calorías y colesterol. No damos pócimas sobrenaturales, porque este es un libro práctico y sabemos cuán difícil es conseguir patas de koala, ojos de salamandra y orina de virgen, tres especies en vías de extinción.



La glotonería es un camino recto hacia la lujuria y si se avanza un poco más, a la perdición del alma. Por eso luteranos, calvinistas y otros aspirantes a la perfección cristiana, comen mal. Los católicos, en cambio, que nacen resignados al pecado original y las debilidades humanas, y a quienes el sacramento de la confesión deja purificados y listos para volver a pecar, son mucho más flexibles respecto a la buena mesa, tanto que han acuñado la expresión «bocado de cardenal» para definir algo delicioso. Menos mal que a mí me criaron entre los segundos y puedo devorar cuantas golosinas desee sin pensar en el infierno, solo en mis caderas, pero no ha sido igualmente fácil sacudirme de tabúes respecto al erotismo. Pertenezco a la generación de mujeres que se casaban con quien primero hubieran «llegado hasta el final», porque una vez perdida la virginidad quedaban desvalorizadas en el mercado matrimonial, a pesar de que por lo general sus compañeros eran tan inexpertos como ellas y rara vez podían distinguir entre virginidad y remilgos. Si no fuera por la píldora anticonceptiva, los hippies y la liberación femenina, muchas de nosotras estaríamos todavía presas en la monogamia compulsiva. En la cultura judeocristiana, que divide al individuo en cuerpo y alma, y al amor en profano y divino, todo lo referente a la sexualidad,

excepto la reproducción, es abominable. Se llegó al extremo de que las parejas virtuosas hacían el amor a través de un hueco en forma de cruz bordado en la camisa de dormir. ¡Solo el Vaticano podía imaginar algo tan pornográfico! En el resto del mundo la sexualidad es un componente de la buena salud, inspira la creación y es parte del camino del alma; no se asocia con culpas o secretos, porque el amor sagrado y el profano provienen de la misma fuente y se supone que los dioses celebran el placer humano. Por desgracia, me demoré treinta años en descubrirlo. En sánscrito existe una palabra para definir el goce del principio de la creación, que es similar al goce sensual. En el Tíbet la copulación se practicaba como ejercicio espiritual y en el tantrismo es una forma de meditación. El hombre, sentado en la posición del loto, recibe a la mujer acaballada sobre sus piernas, ambos cuentan sus respiraciones con la mente en blanco y elevan las almas hacia lo divino, mientras los cuerpos se conectan entre sí con tranquila elegancia. Así da gusto meditar.

En la elaboración de este proyecto participaron activamente Robert Shekter con sus dibujos, Panchita Liona con sus recetas y Carmen Balcells como agente. Participaron pasivamente medio centenar de autores cuyos textos consulté sin pedir permiso y a quienes no tengo intención de mencionar, porque hacer una bibliografía es un fastidio. Copiar de un autor es plagio, copiar de muchos es investigación. Y participaron inocentemente muchas de mis amistades, quienes para complacerme se prestaron a probar las recetas y contarme sus experiencias, aunque estaban convencidos que este libro jamás vería la luz.

Por pura inclinación poética, se le ocurrió a Robert Shekter acompañar el libro con un disco de música erótica y dividir los temas en *Cuatro Estaciones*, como las de Vivaldi, pero resultó ser una iniciativa confusa. Panchita intentó crear sus platos teniendo en cuenta los productos de cada estación, pero cuando Robert le pidió que además les diera

nombres musicales, ella lo mandó al diablo. Parece que la mayoría de los términos musicales son en italiano y no se puede llamar a un burrito con chile *allegro ma non troppo*. Por lo mismo, si encuentra en estas páginas alguna italiana-da musical que pueda haberse escapado, no le dé importancia: responde a un simple capricho de nuestro dibujante. La idea del disco tampoco prosperó porque no pudimos ponernos de acuerdo en el tipo de música que se considera erótica. Panchita se inclinaba por el *Bolero* de Ravel, Robert por Bach y yo por una tonada de organillo que entró por la ventana una tarde de verano cuando... bueno, esa es otra historia.

Robert es un científico. No me permitió trucos de novelista, exigió precisión. Debí mostrarle la montaña de libros usados para la investigación y evaluar la potencia afrodisíaca de las recetas de Panchita con un método de su invención. Recurrimos a voluntarios de ambos sexos y diversas razas, mayores de cuarenta años, puesto que hasta una infusión de camomila estimula a los más jóvenes, lo cual confundiría nuestras estadísticas. Después de invitarlos a cenar y observar su conducta, medimos y anotamos los resultados. Fueron similares a los obtenidos hace algunos años, cuando trabajaba como periodista y me tocó escribir un reportaje sobre la eficacia de la magia negra en Venezuela. Los sujetos que se sabían blanco de ritos vudú, empezaron a desvariar y expulsar humores demoníacos, les salieron granos en la garganta y se les cayó el pelo, en cambio aquellos que permanecieron en una feliz ignorancia, continuaron tan prósperos como antes. En el caso de este libro, los amigos que disfrutaron de los afrodisíacos informados de su poder, confesaron pensamientos deliciosos, impulsos veloces, arranques de imaginación perversa y conducta sigilosa, pero los que nunca supieron del experimento, devoraron los guisos sin cambios aparentes. En un par de ocasiones bastó dejar el manuscrito sobre la mesa, con el título bien visible, para que su poder afrodisíaco surtiera efecto:

los comensales empezaron a mordisquearse las orejas unos a otros aun antes que sirviéramos la cena. Deduzco, por lo tanto, que como en el caso de la magia negra, es conveniente advertir a los participantes, así se ahorra tiempo y trabajo.

Una vez hecho el plan, nos lanzamos cada uno de nosotros a su tarea y a medida que surgían ninfas, sátiros y otras criaturas mitológicas del lápiz de Robert, guisos fabulosos en la cocina de Panchita, cálculos matemáticos en la mente de Carmen y datos de la biblioteca que yo investigaba, a todos nos cambió el ánimo. A Robert le disminuyeron los dolores en los huesos y está pensando comprarse un bote a vela, Panchita dejó de rezar el rosario, Carmen subió varios kilos y yo me tatué un camarón en el ombligo. Las primeras manifestaciones de lujuria empezaron cuando programamos el índice de materias. Para el momento en que probamos los primeros bocados afrodisíacos, ya teníamos todos un pie en la orgía. Robert es soltero, así es que prefiero no preguntar cómo se las ha arreglado. Carmen Balcells adquirió piel de porcelana desde que se da baños semanales en caldito de pollo. El marido de Panchita y el mío andan a saltos y con las pupilas dilatadas sorprendiéndonos tras las puertas. Si estos platos han logrado tanto éxito con unos vejestorios como nosotros ¿qué no podrán hacer por usted?

Hacia el final, cuando los colaboradores de este proyecto creíamos haber terminado y estábamos en las últimas revisiones, comprendimos que entre tantos afrodisíacos, desde mariscos con hierbas y especias, hasta camisas de encaje, luces rosadas y sales aromáticas para el baño, había uno, el más poderoso de todos, que no habíamos incluido: los cuentos. En nuestras largas vidas de gozadores, Robert, Panchita, Carmen y yo hemos comprobado que el mejor estimulante del erotismo, tan efectivo como las más sabias caricias, es una historia contada entre dos sábanas recién planchadas para hacer el amor, como lo demostró Shehera-

zade, la portentosa narradora de Arabia, quien durante mil y una noches cautivó a un cruel sultán con su lengua de oro. El hombre regresó del campo de batalla sin previo aviso —error imperdonable que ha producido un sinnúmero de tragedias— y encontró a una de sus esposas, la más amada, retozando alegremente con sus esclavos. La hizo decapitar y luego, con clara lógica masculina, decidió poseer cada noche a una virgen y por mano del verdugo ejecutarla al amanecer, así ella no tendría ocasión de serle infiel. Sheherazade era una de las últimas doncellas disponibles en aquel reino de pesadilla. No era tanto bonita como sabia y tenía el don de la palabra fácil y la imaginación desbordada. La primera noche, después que el sultán la violó sin grandes miramientos, ella se acomodó los velos y empezó a contarle una larga y fascinante historia, que se extendió durante varias horas. Apenas surgió el primer rayo del alba, Sheherazade calló discretamente, dejando al monarca en tal suspenso, que este le dio un día más de vida, aun a riesgo de que ella le pusiera cuernos en pensamiento, ya que dada la vigilancia no era posible de otro modo. Y así, de cuento en cuento y noche en noche, la muchacha salvó su cuello de la cimitarra, alivió la patológica incertidumbre del sultán y consiguió la inmortalidad. Una vez que se ha preparado y servido una cena exquisita, que la secreta tibieza del vino y el cosquilleo de las especias recorren los caminos de la sangre y que la anticipación de las caricias sonroja la piel, es el momento de detenerse por unos minutos, retardando el encuentro para que los amantes se regalen una historia o un poema, como en las más refinadas tradiciones del Oriente. Otras veces el cuento aviva la pasión después del primer abrazo, cuando se ha recuperado el aliento y algo de lucidez y la pareja descansa satisfecha. Es una buena manera de mantener despierto al hombre, que tiende a caer anestesiado, y divertir a la mujer cuando empieza a aburrirse. Esa historia o esos versos son únicos y preciosos: nadie los ha dicho ni los dirá en ese